

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Hernán Amat Olazával: *El Inca Garcilaso de la Vega. IV Centenario de los Comentarios reales de los Incas*. Lima: Universidad Alas Peruanas 2012. 256 páginas.

En los últimos años, las dos primeras obras históricas del Inca Garcilaso de la Vega recibieron, con motivo de cumplirse el cuarto centenario de su publicación, diferentes homenajes. *La Florida del Inca* (Lisboa, 1605) fue celebrada, en 2006, con *Franqueando fronteras. Garcilaso de la Vega y La Florida del Inca* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú), libro compilado por Raquel Chang-Rodríguez y, transcurridos dos años, con *Nuevas lecturas de La Florida del Inca*, editado por Carmen de Mora y Antonio Garrido Aranda (Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert).

En 2009 le correspondió tal distinción a los *Comentarios reales de los Incas* (Lisboa, 1609). Surgió así, en 2010 y bajo la dirección de José Antonio Mazzotti, *Renacimiento mestizo: Los 400 años de los Comentarios reales* (Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert). Dentro de esta corriente de homenajes encontramos este libro del historiador y arqueólogo peruano Hernán Amat Olazával, que se diferencia de los anteriormente mencionados por tratarse de una obra de autor único.

Tal como se asevera en la “Introducción”, el propósito del libro es el de “rendir justo homenaje a los 400 años de los *Comentarios reales de los incas*”. Y no hay ninguna falsedad en esa afirmación. Consideramos que el principal logro es ese: homenajear un título clásico de la literatura latinoamericana al cumplirse un nuevo centenario de su publicación y a su autor, uno de los “cinco peruanos universales”, como

destaca Waldemar Espinoza Soriano en la “Presentación” de la obra. Dudamos, sin embargo, que se haya cumplido el segundo de los objetivos perseguidos, el que surge de una supuesta “lectura renovada de los textos”. Quien busque encontrar en este libro una nueva indagación de la obra del Inca Garcilaso saldrá defraudado. Las referencias a sus textos son esporádicas y las opiniones vertidas siguen, en general, las ya establecidas por reconocidos lectores de la obra del Inca: José de la Riva Agüero, José Durand, Aurelio Miró Quesada, Raúl Porras Barrenechea, Raquel Chang-Rodríguez, entre otros.

El Inca Garcilaso de la Vega está dividido en dos grandes partes. La primera se ocupa de realizar un desarrollo biobibliográfico en el que se destacan los diferentes momentos de la vida del Inca en relación con los lugares que habitó: Cuzco, Montilla y Córdoba. Amat Olazával señala particularmente los conocimientos directos que el Inca posee de ambos mundos (pero destaca fundamentalmente la vertiente indígena), el modo en que transmitió esos saberes en su libro y la trascendencia que encontró en obras posteriores de autores varios.

Amat enfatiza, en los *Comentarios...*, una armoniosa fusión de razas –la española y la incaica. Palabras como “armonía”, “orden”, “mezcla” resuenan en diferentes partes del texto—. Esta imagen del Inca Garcilaso –producida y difundida por la Generación peruana del 900 y, fundamentalmente, por su figura máxima, José de la Riva Agüero–, como símbolo de la fusión armónica de razas y como emblema de una nacionalidad equilibrada, fue cuestionada por Antonio Cornejo Polar en *Escribir en el Aire* (Lima: Horizonte, 1994). Allí, Cornejo propone la existencia de una “armonía

desgarrada”: en la figura del Inca Garcilaso no existiría una consideración crítica de ambas perspectivas, ni una fusión armónica, sino un encuentro complejo y un punto de enunciación oscilante que conduciría a Garcilaso a estar “con los unos o con los otros” y a cuestionar la versión idílica de una pacífica fusión. Amat Olazábal ignora esta importante lectura y omite esos desencuentros que Cornejo percibe en la obra garcilasista.

Otro polo de interés en el que Amat ingresa está relacionado con la discusión en torno a las verdades o falsedades que el Inca vierte en su obra principal, que es una disputa que puede retrotraerse a los enfrentamientos del Inca con los cronistas toledanos o, más modernamente, con la figura de Marcelino Menéndez Pelayo, quien cataloga a los *Comentarios...* como una “novela utópica”. Creemos que se trata también de debates superados y que otro tipo de indagaciones permitirían cumplir con el objetivo propuesto de una “lectura renovada”: ahondar en la búsqueda de los modelos historiográficos en los que el Inca abreva o explicitar y desarrollar la dimensión política que tiñe a los *Comentarios...*

La segunda parte del libro está conformada por cinco apéndices. El Apéndice I, “Elogios, opiniones, valoraciones, connotaciones de la personalidad y de la obra del Inca Garcilaso de la Vega”, rastrea consideraciones diversas que, durante los siglos XIX y XX, se han efectuado sobre la vida y obra del mestizo cuzqueño. El Apéndice II presenta una exhaustiva cronología que comienza en 1440, con la referencia a los ascendientes del Inca, y concluye con la mención de las más destacadas lecturas de la obra garcilasista en los siglos XX y XXI. Los Apéndices IIIA y IIIB exhiben las ediciones que se realizaron de los *Comentarios reales*: desde la *princeps* efectuada por Pedro Craesbeeck en 1609, hasta la facsimilar preparada en 2009 por

Miguel Ángel Rodríguez Rea y Ricardo Silva-Santesteban. Se incluye, además, un listado de las traducciones de los *Comentarios...* a diferentes idiomas y de las antologías realizadas en los siglos XX y XXI. El Apéndice IV consiste en una “Breve antología arqueológica de los *Comentarios reales*”. Como arqueólogo, el autor efectúa un rastreo de diferentes fragmentos de los *Comentarios reales* que permiten realizar una reconstrucción pretérita del incario. Finalmente, el Apéndice V consiste en un “Dossier fotográfico” en el que se recuperan diversas imágenes vinculadas con la vida y la obra del Inca: retratos, portadas de libros, moradas, escudo de armas. Cierra el libro una “Bibliografía consultada” en donde se registran desde textos clásicos sobre la obra del Inca hasta estudios publicados recientemente.

Por último, queremos señalar una cuestión de tipo formal, aunque no solamente. Pese a impactar por una presentación de calidad no habitual (por su tamaño, por el papel satinado en el que se encuentra impreso, por sus ilustraciones), sorprenden los numerosos errores que no se condicen con esos rasgos externos y que desvirtúan, en parte, el contenido del libro. Hemos podido detectar cuantiosas erratas tanto en la mención de autores o editores (en la p. 28 se menciona a “Avalle-Arze” –en lugar de Avalle-Arce– y a Hernández –en lugar de Cristian Fernández–; en la 51 se menciona a Pedro Clasbeck); en la alusión incorrecta a obras (*Orbi indiano* en la p. 244, en lugar de *Orbe indiano*) y en la aparición de errores de puntuación que dificultan la lectura (“...según Markham, cita a los siguientes autores las veces que se indican: a Blas Valera; veintiuna a Cieza de León; treinta a Acosta; veintisiete; a Gómara, once; a Zárate, nueve...”, en la 58). Son algunas muestras y podríamos incluir muchas otras. Pero el error más grave que encontramos no consiste en una simple errata.

En la página 36, debido casi seguramente a una lectura descuidada del Capítulo XLVII del Libro Cuarto de la *Historia General del Perú*, Amat Olazával atribuye a Sebastián Garcilaso de la Vega, padre del Inca, el hecho de ser demasiado dispendioso con sus bienes y de dilapidar su fortuna, cuando lo que surge con claridad de ese capítulo es que se trata de una costumbre desarrollada por Gonzalo Pizarro. La conclusión es obvia: es necesario que un corrector experimentado y familiarizado con la obra garcilasista revise íntegramente el libro en función de futuras ediciones.

Libro para quien quiere dar sus primeros pasos en la obra del Inca Garcilaso de la Vega, debido a que presenta un espectro de problemas centrales e introduce en las ideas de los principales comentaristas de una obra siempre viva, y escrito en un estilo apasionado y fluido, *El Inca Garcilaso de la Vega. IV Centenario de los Comentarios reales de los Incas* constituye –pese a su mirada algo sesgada– una buena puerta de acceso a la obra de un clásico de la literatura latinoamericana.

Martín Sozzi
(Buenos Aires)

Rafael Gutiérrez Girardot: *El ensayo en lengua española en el siglo XIX*. Medellín: Ediciones UNAULA / GELCIL 2012. 124 páginas.

Desde hace un par de años, asistimos a lo que podría calificarse como los primeros pasos de un largo camino de recuperación y revaloración crítica de la obra del vasto legado intelectual de Rafael Gutiérrez Girardot. Sin duda, esta afortunada recuperación ha sido posible no solo por la asimilación que se ha producido en el ámbito académico de la deuda intelectual con el propio Gutiérrez, sino, sobre todo,

por la generosidad de su familia que, atendiendo a la última voluntad del pensador colombiano, favoreció la adquisición de una considerable cantidad de material de archivo por parte de la Universidad Nacional de Colombia.

Justamente, esta coyuntura ha hecho posible la publicación de *El ensayo en lengua española en el siglo XIX*. Escrito en alemán, el texto reúne el contenido completo de ocho *Vorlesungen* que Gutiérrez impartiera en la Universidad de Bonn. La revisión del manuscrito original permite afirmar que estas lecciones tuvieron lugar en el semestre de invierno 1987-1988. Que el tema escogido para este curso académico haya sido el del ensayo en lengua española –o mejor, hispánico en sentido filológico– en el siglo XIX no es azaroso. Por el contrario, es muestra de una doble coherencia entre su labor investigadora y su quehacer docente. Por un lado, completa la serie de lecciones impartidas anteriormente, cuyo objetivo era centrarse en el desarrollo de los tres géneros literarios más importantes de la literatura hispánica en el siglo XIX: la novela, la poesía y el ensayo. Por otro, se corresponde con tres de los pilares más importantes en los que Gutiérrez centró su investigación: los presupuestos que dieron lugar a la formación del intelectual hispanoamericano, el desarrollo del ensayo y su relación con este proceso de formación y el *desideratum* de establecer una historia social de la literatura hispanoamericana.

Aunque esta doble coherencia no es puesta de relieve explícitamente, por no tratarse de una edición crítica, la gran virtud de la publicación de este material es ofrecer al lector algunas de las herramientas necesarias para comprender en profundidad el entramado intelectual girardotiano. En este sentido, el libro ha de ser visto como una pieza clave en tanto que permite diferentes niveles de lectura. En primer lugar, la fidelidad al texto base ubica al lector en

un punto privilegiado a la hora de conocer de primera mano el modo en que Gutiérrez llevaba a cabo su labor docente. En segundo lugar, la lectura textual amplía el horizonte de interpretación del nacimiento del ensayo hispánico como género literario ya no en su plenitud, sino desde una perspectiva que se centra en el siglo XIX. Por último, el contenido de estas lecciones permite realizar una lectura intertextual que enriquece el panorama de comprensión a la luz de otros ensayos del propio autor, entre los que cabe destacar *La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX*, dado que “la historia del ensayo en lengua española en el siglo XIX está estrechamente vinculada a la formación de un tipo social, el intelectual” (p. 93).

Y es que, efectivamente, de esto se trata, de indagar en qué medida se puede hablar propiamente de un ensayo hispánico en el siglo XIX a través de la consideración de aquellos intelectuales que, en el cruce de dos tradiciones, configuran lo que Gutiérrez llama *prehistoria* del desarrollo del género. De ahí que sea necesario “prescindir del ensayo moderno ya formado de un Ortega y Gasset, definido como ciencia sin las pruebas, o del ensayo de Pedro Laín Entralgo, quien lo definió como observación al vuelo”, pues “este tipo de ensayo, sería incorrecto para las circunstancias del ensayo hispánico del siglo XIX” (p. 25).

Si esto es así, resulta imprescindible establecer una noción más general de ensayo que dé cabida a aquellos elementos que son puestos en juego durante el siglo XIX y que han de ser vistos como constitutivos de la protoforma del género ensayístico. Así, el ensayo en su desarrollo es definido por Gutiérrez como aquella forma que “deja que las cosas hablen por sí mismas de tal manera que éstas son valoradas a través del lenguaje como ejemplares, poniendo la correspondencia de lo dicho, la lógica de la descripción factual,

en consonancia con la voluntad de expresión poética” (p. 33). Esta concepción se convierte en condición de posibilidad de una investigación más amplia, que parte del ensayo entendido como expresión de la libertad intelectual.

Bajo esta perspectiva, la lección primera se inicia con una introducción que pretende situar los antecedentes del surgimiento del ensayo español en el siglo XVIII a partir de las figuras de fray Benito Feijoo y José Cadalso. De acuerdo con el pensador colombiano, “si se acepta que el ensayo y la elocuencia son expresiones de la libertad intelectual, que determinan la vida intelectual de una sociedad, entonces se puede llegar a explicar por qué el ensayo español pudo nacer solo en el siglo XVIII” (p. 17). En este sentido, Feijoo y Cadalso son presentados como *modestos* contribuyentes a esta prehistoria, cuyas aportaciones permiten vincular el nacimiento de la forma ensayística en España a la pretensión de modernización frente al pensamiento dogmático imperante en la primera mitad del XVIII. Con ello, Gutiérrez concibe al ensayo español como un género que, desde un estado incipiente, ha de ser visto como un intento de modernización y producto de una apertura consciente y forzosa a Europa, más allá de contenidos específicos.

La inclusión de Cadalso, le conduce al análisis de la forma epistolar en tanto expresión de la concreción y subjetividad irrenunciable del ensayo, entendida como “manifestación libre de la forma de argumentación sistemática del tratado” (p. 26). Justamente, es aquí donde Gutiérrez encuentra una conexión directa con el siglo XIX por considerar que las obras más significativas de la literatura ensayística española en la primera mitad de este siglo llevan el título de *Cartas*. Pese a las diferencias con Cadalso, los dos representantes de este momento histórico son José María Blanco White y Jaime Balmes.

De ahí que la lección segunda inicie con una reflexión en torno a Blanco White, caracterizado como el precursor del costumbrismo por centrar su crítica en la estructura de la sociedad a partir de ejemplos relativos a las costumbres, la legislación y el lenguaje. Estos elementos, alcanzan su mayor expresión en Mariano José de Larra, considerado por Gutiérrez “la figura literaria más relevante de la primera mitad del siglo XIX” (p. 33). En efecto, Larra se presenta como un autor decisivo para el objeto de estudio por dos razones: por la ratificación de que las reflexiones y explicaciones derivadas de sus cuadros de costumbres proceden de una crítica a la sociedad, con una clara naturaleza ensayística, y porque permite el salto al desarrollo del género en Hispanoamérica gracias a la influencia que ejerció en “uno de los más importantes escritores latinoamericanos del siglo XIX: Domingo Faustino Sarmiento” (p. 45).

Justamente a Sarmiento está dedicada la lección tercera, y gran parte de la cuarta. De acuerdo con Gutiérrez, el influjo de Larra en la obra de Sarmiento consiste en que, basado en la dialéctica entre civilización y barbarie, este transformó el costumbrismo en una interpretación crítica de la historia latinoamericana. El resultado es una manifestación del estilo ensayístico ligado a una subjetividad que se hace manifiesta en una crítica de corte polémico y cívico combinando la descripción fáctica y la narración literaria. Al final de esta lección y al comienzo de la siguiente, Gutiérrez retoma las aportaciones de Balmes, lo que le permite ahondar en la relación existente entre la forma epistolar y el ensayo en tanto “primer intento de renunciar a la forma cerrada del tratado para producir efecto popular” (p. 61) y conectar con el objeto de la siguiente lección: Gustavo Adolfo Bécquer. *Cartas desde mi celda* y *Cartas literarias a una mujer* son, para el autor, ejemplos del modo

en que el género epistolar deviene ensayo, y en los que se “bosqueja un problema que adquirió sus perfiles más definidos a finales del siglo XIX: el problema del papel del artista en la sociedad” (p. 88). Esta afirmación sirve de punto de apoyo para subrayar la relación del ensayismo con la necesidad de caracterización del intelectual en cuanto tipo social.

Por ello, las dos últimas lecciones se centran específicamente en esta relación, atendiendo al modo en que el ensayo adquiere una función pública y hace manifiesta su dimensión cívica. El primer exponente es Juan Donoso Cortés, quien cumple una tarea pública y política mediante el uso de figuras retóricas. Donoso es presentado como ejemplo del “problema de la relación entre intelectuales y política que acuñó fuertemente la figura del intelectual en el último cuarto de siglo XIX y en el siglo XX” (p. 107). La radicalización de esta postura en la que el civismo deviene política, encuentra en José Martí y en Juan Montalvo sus mayores exponentes. Ambos son mostrados como decididos contribuyentes a la transformación de la voluntad cívica del ensayo en poder político. Este advenimiento del ensayo como crítica política cobra su pleno sentido en la labor intelectual de Manuel González Prada al combinar la crítica social con la sátira política, haciendo del ensayo una obra de arte en la que confluyen conocimiento comprensivo y ataque certero. Finalmente, el correlato literario de esta sátira política es Leopoldo Alas “Clarín” en tanto fundador del ensayo de crítica literaria. Por ello, y así concluye Gutiérrez, con estos autores “el proceso de la formación del género ensayo alcanza un punto culminante” (p. 123).

Sin duda, el recorrido llevado a cabo por Rafael Gutiérrez Girardot en *El ensayo en lengua española en el siglo XIX* pone en evidencia elementos claves que determinan la importancia del siglo XIX en la

constitución de uno de los géneros más sustanciales y renovadores de las letras en lengua española. Su agudo análisis pone sobre la mesa relaciones inesperadas, paralelismos, influencias, analogías y distinciones que permiten ampliar el horizonte de interpretación de la compleja realidad de esa unidad de sentido crítico a la que llamamos ensayo.

Por todo ello, la publicación de estas lecciones constituye una notable aportación y una muestra de la importante labor realizada por el Grupo de Estudios de Literatura Intelectual Latinoamericana GELCIL de la Universidad de Antioquia. La riqueza de la producción intelectual de Rafael Gutiérrez Girardot —y estas lecciones no son la excepción— ha de ser vista como una invitación que hoy más que nunca debemos extender a su propio legado, esto es, a situarnos ante uno de los mayores desafíos a los que nos seguimos enfrentando en tanto hispanoamericanos: el conocimiento y (re)valoración de nuestra historia intelectual.

Claudia Supelano-Gross
(Universidad de Salamanca)

Frauke Gewecke: *De islas, puentes y fronteras, Estudios sobre literaturas del Caribe, de la Frontera norte de México y de los latinos en EE. UU.* Madrid / Frankfurt / M: Iberoamericana / Vervuert 2013 (Ediciones Iberoamericana, A. Historia y Crítica de la Literatura). 470 páginas.

El título elegido para la valiosa antología publicada en homenaje a uno de los pilares de la investigación en Literaturas Románicas de la Universidad de Heidelberg, la profesora Frauke Gewecke, fenecida en 2012, que reúne una parte selecta del fruto de su copiosa labor de

investigación y reflexión, refleja la enjundiosa conexión de su autora con el área geográfica y cultural americana, y llama la atención por la variedad de los temas abordados al abrigar una prolija producción científica de varias décadas.

El enfoque se despliega en torno a tres zonas de las Américas, valiéndose de un abanico teórico y conceptual que abarca tanto los aportes de la filosofía y la antropología, como de la poética, dialogando con los trabajos ya publicados, cuestionándolos e enriqueciéndolos con un hondo conocimiento de la actividad académica desarrollada en este mismo ámbito.

En la primera parte, dedicada a “Literaturas del Caribe”, el ensayo “Las Antillas ante la revolución haitiana” da a conocer la exploración por parte de esta investigadora de las literaturas de las islas, la historia de los imperios y sus colonias, y el interés puesto en los mitos creados por los escritores caribeños —no solo de lengua española sino también francesa— en torno a sus más excelsas figuras históricas fundadoras, como el haitiano Toussaint Louverture —ensalzado por el escritor martiniqueño Edouard Glissant en *Monsieur Toussaint*—, así como de sus dictadores más sangrientos, como Rafael Leónidas Trujillo, estudiando el imaginario en torno a la “dominicanización” de la frontera entre Haití y la República Dominicana. Acredita también la necesaria ficcionalización de la historia en *La fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa, una obra entre historia novelada y novela histórica, tanto más cuanto que la novela propició una polémica acerca de la verosimilitud y de la selección de los hechos que configuran la figura del tirano. Al enfocarse en conceptos tan manejados como el realismo mágico y su modalidad estética en “Realismo mágico y vodú”, aclara nítidamente la índole de un fenómeno antropológico como el pensamiento mágico en el Caribe, en tanto “principio

creador”, como el vudú fundador de la literatura de Carpentier, entre lo empírico y lo irreal, cuestionando acertadamente la validez del esencialismo que diferencia a los hombres occidentales de “los primitivos” y arguyendo acerca de la importancia medular del contenido de la realidad fenomenológicamente expresada. Su recorrido por el Caribe insular en “La ‘Generación del 98’ puertorriqueña vindicación de una generación fundacional” lleva a los recovecos de las ambigüedades, compromisos y fisuras ideológicas que prevalecieron entre los autores “de la Generación del Tránsito y del Trauma”, en una etapa nada gloriosa de la historia, el sonado año de 1898 de la guerra hispano-americana, con un sutil manejo del concepto de generación, ofreciendo, al fin y al cabo, un amplio abanico de los muy diversos géneros entre los cuales destaca la obra de Manuel Zeno Gandía. En el ámbito de la poesía, saca a relucir las diferencias entre el poeta cubano Nicolás Guillén con el puertorriqueño Luis Palés Matos, entre “vanguardia y negrismo”. Apuntala la comparación en la singularidad de los autores, cuya poesía “afroantillana” difiere no solo por ser uno mulato y el otro blanco, sino por el uso de recursos vanguardistas de distinta índole; los temas de Palés Matos, a diferencia de los del cubano, resultan exentos de la “referencialidad histórica y sociocultural que justificaría el adjetivo de ‘afroantillano’”.

El caso de la Revolución Cubana y de la literatura que surgió en aquella fase de trastorno ideológico, en el marco de unas relaciones de tensión álgida con Estados Unidos, brinda a la investigadora la oportunidad de un acercamiento a los mitos, algo que queda patente en “El mito como discurso de fundamentación y legitimación”. Mitología nacional abordada desde una perspectiva diacrónica, abarcando los mitos de origen, como Martí, enfocándose luego en el de la resistencia de David

contra Goliat con la épica de *los barbudos*, nuevos *mambises*, el mito escatológico del Hombre Nuevo de Ernesto Guevara y otros mitos de la Revolución siempre vigente. La nueva conformación de la literatura policial cubana, rompedora con una novelística didáctica y en conformidad con cánones de la oficialidad cultural, promovida por Leonardo Padura, Lorenzo Luna y Amir Valle, fue un fenómeno literario tanto temático como estético que no puede desvincularse de los trastornos de la realidad social e ideológica acaecidos tras el derrumbe del bloque socialista y el desengaño del Periodo Especial.

La parte dedicada a “Literatura de la frontera Norte de México” no delinea tan solo una geografía, sino también unas prácticas culturales específicas y regionales, barajando temas como el cruce, las zonas de contacto, el narcotráfico, la narconovela en el marco de la posmodernidad o la guerra entre narcotraficantes y el Estado mexicano en el ensayo “De los malos de siempre a los ‘pinches fabricantes de muertos en serie’: la *narconovela* en México”. La estética de la violencia, tan presente en el cine como en otras modalidades de creación artística, se desdibuja, por ejemplo, en “la novela negra nortea”. Los que escriben desde la frontera dan de ella la visión de “una experiencia-límite”. El ensayo “De espacios, fronteras, territorios: topografías literarias de la Frontera Norte (México)” nos entrega, mediante la exploración de cuentos de Eduardo Antonio Parra, la ficcionalización de un espacio identitario y de memoria, con el dilema de cruzar la frontera, y delimita en Monterrey, Ciudad Juárez y Nuevo Laredo una “tierra de nadie”. Rubén Vizcaino Valencia despliega el imaginario de un espacio de transferencia y diferencia, como Tijuana, abordando por fin el ensayo esta “línea como frontera-límite” o como ciudad transnacional con sus *habitus*.

En la tercera parte, titulada “Literatura de los latinos en EE.UU.”, le interesa a Frauke Gewecke contextualizar el caso de los nuevos *citizens* estadounidenses de California tras la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo entre México y EE.UU., para desvelar cómo la correspondencia, los relatos autobiográficos y ficcionales acerca del complejísimo caso de los californios, a partir de 1848, en los años en que California pasó a ser estado estadounidense, y en que los ciudadanos supuestamente blancos por su “limpieza de sangre” hispana y empeñados en diferenciarse de los *greasers* indios, experimentan un profundo malestar, el del entre-dos, y resultan alterizados por su color de piel no tan blanca según las normas anglosajonas. En “Encuentros y desencuentros entre Mexicans y Mexican Americans y mexicanos”, prosigue dicha exploración, apoyándose particularmente en las casi 1.000 páginas de memoria de Mariano Guadalupe Vallejo, voz emblemática de quienes apostaron por la vía del progreso aportado por la pertenencia al mundo estadounidense anglosajón, muy a pesar suyo desengañados y, además, dándole particular relevancia a los textos de unas narradoras, testimonios de una condición humillante que les da rabia y suscita resentimiento. Rosalía Vallejo, personalidad ambigua, o María Amparo Ruiz de Burton dejaron huellas de un trauma analizado por una investigadora acostumbrada a la necesidad de pactos entre mundos cultural y geográficamente colindantes.

La publicación de *De islas, puentes y fronteras* no solo homenajea a una investigadora digna de interés, sino que da a conocer unos marcadores insoslayables de la historia de la literatura de las Américas.

Renée Clémentine Lucien
(Université Paris Sorbonne-Paris IV)

Niall Binns (ed.): *Argentina y la Guerra Civil española. La voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur 2012 (Colección Hispanoamérica y la Guerra Civil Española, n° 2). 824 páginas.

La Guerra Civil española se ha convertido en un filón editorial inagotable en los lustros que llevamos recorridos del siglo XXI, y aun desde antes. En España, los largos años de “aznarato” –1996-2004–, que dejaron entrever el escoramiento de la sociedad española hacia un pensamiento de derechas, así como la disputa en torno a la Ley de Memoria Histórica puesta en marcha de forma calamitosa bajo la presidencia de Rodríguez Zapatero, y las movilizaciones ciudadanas frente a un gobierno, el de Mariano Rajoy, que se muestra incompetente ante la actual crisis, sin duda son hechos a tener en cuenta a la hora de explicar la brecha reabierta en nuestra sociedad y en la clase política, y la consecuente búsqueda, por parte de historiadores, sociólogos y politólogos, de las claves de tal divisoria en el pasado inmediato: la Guerra Civil, la interminable dictadura y la Transición, tres periodos de nuestra historia social y política que están sufriendo una profunda revisión (sobre todo la Guerra Civil y la Transición) con el aporte de nuevas relecturas e interpretaciones.

En lo que atañe a la Guerra Civil, pese al enorme caudal de publicaciones –ensayos, historias, crónicas, epistolarios, novelas, poemarios, etc.– es mucho lo que aún queda por rescatar del olvido. En el marco de los llamados estudios transatlánticos, por ejemplo, aún está por realizar un estudio sistematizado de la participación de la intelectualidad latinoamericana en la guerra de España, y la recopilación exhaustiva de escritos (de ficción y no ficción) referidos a los trágicos hechos ocurridos en la península entre julio de 1936 y abril de 1939, y a sus consecuencias inmediatas.

Ello implica una narración en un doble escenario: España y Latinoamérica, pues importa no solo poner de relieve el compromiso de muchos intelectuales americanos con la República española, que les llevó a desplazarse a España y a participar de un modo u otro en los acontecimientos; sino, además, examinar el reflejo que tuvo el conflicto peninsular en la sociedad civil latinoamericana y el modo desigual en que los gobiernos de turno se posicionaron respecto a uno y otro bando en liza: la legítima República y la Junta Militar establecida en Burgos. A esta tarea tan necesaria como inagotable se ha dado Niall Binns (Londres, 1965), profesor e investigador –además de poeta– de la Universidad Complutense de Madrid, a quien avala una sólida trayectoria en los estudios americanistas. Binns ha confesado su fascinación por la Guerra Civil desde que descubriera España a finales de los ochenta: “Cuando llegué a España por primera vez, en 1987, vine con la mochila llena de lecturas de rigor para un británico de vacaciones: *Homage to Catalonia* de Orwell; *Ask I Walked Out One Midsummer Morning* de Laurie Lee; *For Whom the Bell Tolls* de Hemingway”. Muchos años después, fruto de esta curiosidad por la guerra española, vería la luz el libro *La llamada de España. Escritores extranjeros en la Guerra Civil* (Barcelona: Montesinos, 2004), al que siguió *Voluntarios con gafas. Escritores extranjeros en la Guerra Civil española* (2009). El autor da cuenta de aquellos intelectuales foráneos que mostraron una seria preocupación por el conflicto español y actuaron como milicianos, brigadistas, corresponsales, o bien, sin moverse de su lugar, reflexionaron sobre aquel drama humano incomprensible.

El volumen *Argentina y la Guerra Civil española* es el número dos de la colección “Hispanoamérica y la Guerra Civil española”, que publica la editorial

madrileña Calambur, una aventura entusiasta que tiene su arranque en el proyecto de investigación “El impacto de la Guerra Civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica”, adscrito a la Universidad Complutense de Madrid y financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia de España. En 2012 se publicaron los tomos correspondientes a Ecuador y Argentina; y en 2013, los dedicados a Perú y Chile. *Argentina y la Guerra Civil española* se abre con una amplia introducción a cargo de Niall Binns –coordinador de la colección y responsable de la edición de este tomo en particular, así como del de Ecuador– en la que a lo largo de casi un centenar de páginas nos ofrece una minuciosa indagación acerca del impacto de la guerra española en la sociedad argentina, que fue enorme. “Las noticias de la Guerra Civil estremecieron la Argentina entera –afirma Binns–. Las numerosas páginas dedicadas al conflicto por todos los periódicos argentinos ofrecen un testimonio del alcance de ese estremecimiento, que seguiría en pie durante los casi tres años que duró el conflicto [...] Argentina vivía la guerra como si fuese suya”. Esta conmoción por lo que estaba sucediendo a más de diez mil kilómetros de distancia y la movilización inmediata de la ciudadanía argentina en ayuda, sobre todo, de las milicias populares y del pueblo español, no es difícil de entender. Proclamada en abril de 1931, la Segunda República española había llevado un halo de esperanza a ciertos sectores desencantados de la sociedad argentina que descubrían atónitos que la suya era una “República imposible”, dicho con la expresión del eminente historiador Tulio Halperin Donghi. Imposible porque la democracia de corte liberal restaurada en 1932, poco menos de un año y medio después del golpe militar del general Uriburu, se reveló un simulacro, un juego electoral orquestado por la oligarquía de signo

conservador para perpetuarse en el poder. La República española, contemplada desde lejos y por ello de algún modo idealizada, proyectaba en buena parte de la sociedad argentina el deseo de una carencia motivada por una crisis sistémica de la cultura política del país. Lo que explica que, a pesar de que el eco de la Guerra Civil extremó los posicionamientos en el campo ideológico argentino y redefinió la posición de algunos partidos políticos y sindicatos, el pueblo se volcara mayoritariamente con la causa republicana. Algunos estudios de referencia, como el publicado por Mónica Quijada en 1991: *Aires de República, aires de cruzada; la Guerra Civil española en Argentina* (Barcelona: Sendai), que cita con frecuencia Binns, nos muestran a partir de una documentación rigurosa cómo se vivió la guerra en Argentina, qué tipo de ayudas a la República española o a los militares rebeldes se activaron y la forma sinuosa en que se condujeron los gobiernos de Justo y Ortiz. Lo que diferencia el trabajo de Binns de sus predecesores, sin restarles a estos su mérito, es la formidable antología que sigue al estudio introductorio, un vasto corpus textual sobre cuanto publicaron acerca de la Guerra Civil española escritores, periodistas y milicianos argentinos a uno y otro lado del Atlántico. De manera que el libro, así como el resto de la serie, constituye un testimonio excepcional nunca antes reunido, que revela en la voz de los intelectuales, entre otras cosas, el sentimiento de hermandad que despertó la guerra de España en las repúblicas latinoamericanas. En lo que toca a Argentina, son conocidos los casos de Roberto Arlt, quien regresó compungido a la Argentina solo unas semanas antes del estallido de la guerra; o de Raúl González Tuñón (el “Raúl” del conocido poema de Neruda “Explico algunas cosas”), quien estuvo en los frentes y dejó escritos un

buen número de poemas dedicados a la guerra en Madrid. Más allá de estos y de la presencia de autores tan familiares como Borges, Victoria Ocampo, Oliverio Girondo, Alfonsina Storni o Enrique Anderson Imbert, el volumen armado por Binns reúne alrededor de 180 testimonios —entre artículos, proclamas, manifiestos, crónicas, novelas, cuentos— pertenecientes a intelectuales la mayor parte de cuyos nombres nunca llegaron a tener eco en España e incluso son desconocidos hoy en Argentina. Se agradece por ello la exhaustividad del índice y asimismo las notas biobibliográficas que anteceden a cada autor. De lo dicho en estas últimas líneas, y tomando en cuenta las 700 páginas que abarca aproximadamente el corpus seleccionado, puede inferirse el incalculable valor documental de este volumen y sus pares, un trabajo de laboriosa arqueología filológica que sin duda debemos agradecer como depositarios de una memoria que no debe perderse en el olvido y que hoy resulta más necesario que nunca recuperar y vindicar.

Aníbal Salazar Anglada
(Universitat Ramon Llull, Barcelona)

Alfredo Alonso Estenoz: *Los límites del texto: autoría y autoridad en Borges*. Madrid: Editorial Verbum 2013 (Colección Ensayo). 216 páginas.

En 2005, Alfredo Alonso Estenoz presentó una versión inicial de *Los límites del texto: autoría y autoridad en Borges* para obtener el grado doctoral por la Universidad de Iowa. Ahora, casi diez años después —y venturosamente para los interesados en los estudios en torno a la obra del genio argentino y a los *authorship studies*—, aparece esta investigación, bajo el sello de la Editorial Verbum de Madrid.

Uno de los puntos de partida de *Los límites del texto* es una escena de “El Aleph”. En una de las visitas que “Borges” (como sabemos, así se apellida el resentido y mordaz narrador del relato) hace a la casa del escritor Carlos Argentino Daneri, este recita pasajes de su largo poema denominado “La Tierra”. El narrador, quien juzga del todo despreciables esos versos, hastiado de los autoelogios emitidos por su interlocutor, comenta: “Comprendí que el trabajo del poeta no estaba en la poesía; estaba en la invención de razones para que la poesía fuera admirable [...]”. Así, en tanto el escritor se muestra aquí como una entidad empeñada en legitimar su propia producción, la frase nos plantearía una posible problemática: a pesar de las teorizaciones iniciadas por lo formalistas rusos, el autor sería una de las figuras extraliterarias que ha de ser considerada para los análisis críticos.

Los límites del texto es, en principio, un estudio acerca de uno de los paratextos más importantes de la obra literaria: el nombre del autor. El volumen corresponde a los estudios de autoría, iniciados a partir de los ensayos fundacionales de Roland Barthes y Michel Foucault, “La morte de l’auteur” (1968) y “Qu’est-ce qu’un auteur?” (1969), respectivamente. Esta perspectiva de análisis es, por supuesto, del todo pertinente: desde la década de 1930 –década de sus primeros relatos: “El acercamiento a Almotásim” o “Pierre Menard, autor del Quijote”, por ejemplo– Borges ficcionalizó diversos tipos de autores.

El volumen se conforma de cinco capítulos: “Herbert Quain o la literatura como secreto”, “Genio, alegoría y mercado literario en ‘El acercamiento a Almotásim’”, “‘El inmortal’ y la expresión de uno mismo”, “Los usos de la biografía en Borges” y “‘Corregir el pasado’: autobiografía y construcción del autor”. Como puede verse, el ensayo incluye estudios

específicos de tres ficciones borgeanas. Hay dos elementos a destacar en la exégesis de las dos primeras. Por un lado, no son de las más analizadas por la crítica. Por el otro, menos aún con una propuesta como la de Estenoz: un inteligente recorrido de las acciones y las decisiones tomadas por los respectivos autores-personajes frente a las exigencias del mercado literario.

Los dos capítulos finales se ocupan del significado de la biografía y la autobiografía para la construcción del autor. “Los usos de la biografía en Borges” toma como punto de partida *Evaristo Carriego* (1930), la obra de transición entre el Borges poeta de la década de los veinte y el Borges narrador de los cuarenta, el Borges que exploraría durante los años treinta el arte de la ficción en textos de corte biográfico como las *vies imaginaires* de su *Historia universal de la infamia* (1935) o las “Biografías sintéticas” redactadas para la revista *El Hogar* entre 1936 y 1939. En el capítulo final, el autor atiende “la autoconstrucción de Borges como autor, partiendo de su concepción sobre la presencia de lo autobiográfico en la obra”. Para lo anterior, examina con detenimiento los versos de *Fervor de Buenos Aires* (1923) y uno de sus relatos más logrados: “El Sur” (1953).

Uno más de los aspectos a elogiar en este libro es la estructura. Fue muy afortunado organizarlo partiendo de la investigación sobre algunos de los autores apócrifos de las ficciones iniciales, para culminar con la reflexión en torno a la autobiografía como un instrumento para encomiar, matizar o corregir el pasado del escritor en pro de su mitificación.

A mi juicio, es incuestionable la utilidad y el valor crítico de *Los límites del texto: autoría y autoridad en Borges* de Alfredo Alonso Estenoz. No obstante, hay una serie de aspectos que deberán cuidarse para una nueva edición. En primer lugar,

enmendar las diversas erratas del ensayo, las cuales distraen de la lectura o “ensucian” el texto (por ejemplo, páginas 34, 45 y 79). En segundo lugar, el autor debe hacer una revisión cuidadosa de su obra, lo que le permitirá percibir que, digamos, la nota 49 de la página 67 (referida a “Examen de la obra de Herbert Quain”) es redundante, dado que explica algo ya explicado justo en el capítulo anterior, unas páginas arriba. Asimismo, me parece que sería más apropiado citar a los autores extranjeros en sus lenguas originales: si se cita a Michel Foucault y a Phillip Lejeune, ¿por qué hacerlo en inglés y no en el original francés? De igual modo, Estenoz notará que aunque en el texto se refieren algunas obras, estas no se consignan en la bibliografía final: no encontré el mencionado *Jorge Luis Borges: políticas de la literatura* de Juan Pablo Dabove (p. 92) ni el libro o ensayo de Paul de Man (p. 165) ni un ensayo titulado “La batalla” (p. 95, n. 75) ¡de Alfredo Alonso Estenoz! Finalmente, esta revisión le permitirá percatarse de errores que son fáciles de corregir: la familia Borges vivió a partir de 1914 en Suiza, no en Suecia, como leemos en la página 128, nota 98.

Otras sugerencias. Lo más riguroso a nivel filológico es trabajar con las primeras ediciones de las obras analizadas. La lectura de estas ayudaría a corregir otros errores o imprecisiones. Si se revisa la *editio princeps* de Evaristo Carriego, se nota que una sección se titula “Las inscripciones de carro” (aunque en el índice se diga “Las inscripciones de los carros”), no “Las inscripciones en los carros”, como se lee en la página 135 de Estenoz. El ensayo incluido en *Discusión* (1932) no se llama “Nota sobre Walt Whitman” (p. 100, n. 81), sino “El otro Whitman”. “La poesía gauchesca” no venía en la primera edición de *Discusión* (p. 185, n. 133), sino dos ensayos sobre el tema (“El Martín Fierro”

y “El coronel Ascasubi”), los cuales serían fundidos en ediciones futuras a partir de 1957. Una de las ventajas de trabajar con las ediciones originales es que permite percibir detalles que enriquecerían el análisis. Por ejemplo, el tercer capítulo de *Los límites del texto* está dedicado íntegramente al estudio de “El inmortal”. La primera edición del relato apareció en *Los Anales de Buenos Aires* en 1947, bajo el título “Los inmortales”. Estenoz pudo dedicar algunos párrafos a proponer hipótesis sobre ese significativo cambio de nombre.

Yo recomendaría también desconfiar de las declaraciones de Borges vertidas en entrevistas. Es frecuente tomarlas como punto de partida para la exégesis de la obra del argentino. Sin embargo, a veces resultan contradictorias. Y a veces hay una gran distancia temporal (pueden ser decenios) entre el texto y el comentario en entrevista, con lo que la validez de la declaración es, por lo menos, digna de algunas suspicacias (reléanse las palabras borgeanas de las pp. 33, 109, 183 y 192).

Por último, una segunda edición de *Los límites del texto: autoría y autoridad en Borges* permitiría al autor actualizar su bibliografía. Por ejemplo, con dos libros de rigor extraordinarios: *Modelos y prácticas en el cuento hispanoamericano: Arreola, Borges, Cortázar* (Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert 2011) de Pablo Brescia, para reforzar el comentario de “El Sur”; y *Palimpsestos del joven Borges: escritura y reescrituras de “Fervor de Buenos Aires” (1923)* (San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, 2013) de Antonio Cajero Vázquez, para el subcapítulo correspondiente.

Daniel Zavala Medina
(Universidad Autónoma de
San Luis Potosí)

María Inés Cisterna Gold: *Exilio en el espacio literario argentino de la posdictadura*. Woodbridge, Suffolk: Tamesis 2013. 199 páginas.

El exilio argentino de los setenta y la literatura que dicha vivencia traumática nos ha legado no constituyen una experiencia inédita, como nos recuerda José Luis de Diego. Aquella diáspora que se inicia en marzo de 1976, y antes incluso dado el clima de violencia que precedió al golpe militar, enlaza con la historia de Occidente, entre cuyos textos fundacionales, recordemos, se cuentan la *Odisea* y los manuscritos de la tradición judeocristiana, que tratan del exilio y del éxodo.

El ensayo de María Inés Cisterna Gold, profesora-investigadora en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Massachusetts, Boston, indaga en el exilio argentino no solo como desplazamiento geográfico y social de un grupo humano, o como contradiscurso que implica un posicionamiento ético y que expresa la resistencia a los poderes establecidos ya sea bajo la forma del totalitarismo, del liberalismo o la socialdemocracia. Sin perder de vista estas y otras instancias de pensamiento consustanciales al exilio, la autora se propone ampliar el campo de indagación de la literatura exiliar argentina al situar tal experiencia vital y política en el marco simbólico que constituye al sujeto mismo. Ello a partir del análisis de cuatro obras cuya escritura tiene lugar en el exilio: *Maldición eterna a quien lea estas páginas* (1980) de Manuel Puig; *Vudú urbano* (1984) de Edgardo Cozarinsky; *Composición de lugar* (1984) de Juan Martini; e *Insomnio* (1986) de Marcelo Cohen.¹ El hecho de escoger estas

novelas no es arbitrario: todas ellas mantienen un vivo diálogo con la tradición literaria del exilio argentino, que es sin duda una de las marcas constitutivas de las letras rioplatenses. Y lo hacen de una forma crítica, polémica, al poner en cuestión los mitemas exiliarios y proponer nuevas lecturas de la historia nacional frente a un discurso del exilio institucionalizado desde los primeros años de la posdictadura. Además de tener en común que fueron escritos en el exilio, tales textos que forman el corpus de trabajo narran a partir de una voz en primera persona historias de escritores exiliados.

Ello, por un lado, lleva a Cisterna Gold a examinar la relación del escritor con la política, una cuestión nada banal en un campo intelectual tan ideologizado como es el argentino; y por otro lado, esa voz narrativa en primera persona nos sitúa de lleno en la autobiografía y el testimonio como instancias genéricas desde la que los autores construyen un “yo” ficcional que se autorrepresenta en el texto y problematiza la historia oficial y colectiva. En relación a esta voz narrativa particular, el capítulo dos del libro ofrece al lector un análisis de la novela de Cristina Peri Rossi *La nave de los locos* (1984), que Cisterna Gold propone como paradigma de narración en torno al sujeto exiliado y que le sirve más adelante para abordar la problemática del nombre propio en las novelas de Cozarinsky y Martini.

El XIX fue el siglo de la nacionalización de la cultura, lo que implicaba, obviamente, una idea de territorio y de pertenencia a una colectividad, una de las grandes herencias del siglo XX, que trajo como consecuencia dos guerras mundiales. La identidad del sujeto, que es no

¹ Por cierto, no aparece en los preliminares una justificación de por qué se enmarca la obra de Puig en la “posdictadura”, cuando su fecha de escritura y su publicación se producen aún en

la dictadura; aunque, qué duda cabe, participa de un clima común respecto a las otras tres novelas, hubiese sido necesaria dicha justificación, atendiendo al título del estudio.

en vano el tema de fondo de las novelas antes citadas de Puig, Cozarinsky, Martini y Cohen, solo podía ser entendida en el seno de una comunidad —un pueblo, una nación— con la que el sujeto comparte unos hábitos sociales, una historia común, una misma lengua. Pese a la globalización y a su deriva en un periodo que se ha dado en llamar posnacional, no resulta difícil de entender la violencia que supone todo desplazamiento humano, que en el caso del exilio viene motivado por razones políticas y que no pocas veces viene precedido de persecución y tortura. El exilio conduce al desarraigo, derivado de la pérdida de una patria que es metonimia del hogar; y conlleva asimismo la merma del lenguaje, al operarse el trasplante de la comunidad lingüística propia a una extraña, extranjera. Estas cuestiones esenciales, que aparecen tratadas a fondo en las novelas propuestas por Cisterna Gold, recalcan en una honda reflexión sobre la cuestión del origen, esto es, la ubicación del sujeto en el mundo. Una reflexión que excede toda explicación política e invita a planteamientos de tipo ontológico. Las religiones antiguas, como ha puesto de manifiesto Edward Said, postulan que el exilio es la condición natural del hombre, para el que no hay lugar en la tierra: esta no es sino un mero tránsito (de ahí la necesidad de transitar, de ir de un lado a otro) a la tierra prometida, que no es de este mundo. Citando a Maurice Blanchot, se pregunta Cisterna Gold si es posible fundar “una comunidad de aquellos sin comunidad”, una gran familia que comparte una paradójica raíz común: la del destierro. Algo parecido debieron plantearse tras el fin de la Segunda Guerra Mundial los judíos sobrevivientes de los campos de concentración nazis: ¿dónde fundar su propia nación?, ¿cuándo y cómo detener las errancias?

En otro orden de cosas, la autora resitúa la literatura exiliar en una tradición que

tiene un fuerte arraigo en la cultura del Río de la Plata, de manera que el relato personal confluye con el relato colectivo. Es lo que Cisterna Gold denomina “genealogía del destierro”, pues la historia de la Argentina es una historia de proscritos y expulsados. Lo fueron el general San Martín, Alberdi, Sarmiento, Echeverría... y tantos otros, como nos recuerda Horacio Salas. ¿Pero qué sucede cuando no se cierra el círculo, es decir, cuando se torna imposible la vuelta del héroe a su patria y hogar que le fueron usurpados? Es esta otra de las preguntas que plantea el libro a tenor de los textos primarios con que Cisterna Gold trabaja. Juan Gelman, que vivió tantos años exiliado en México, donde murió, dijo en sus últimos años: “Estoy trasterrado, no exiliado”, acaso porque el exilio intelectual, que no deja de ser una forma de resistencia, sucede de forma natural al exilio político. Esto es: el lugar natural del intelectual, el más conveniente, es el exilio.

La estructura del libro ofrece al lector una propuesta tan original como sugerente. Los distintos capítulos que conforman el estudio de Cisterna Gold arman un “relato de viaje” a través de las cuatro novelas seleccionadas. Un viaje estimulante que explora la noción misma de exilio, sus umbrales, y que indaga de forma particular en la vivencia exiliar argentina desde los comienzos mismos de la historia nacional hasta la posdictadura que da comienzo en 1983 con la restauración democrática en la figura presidencial de Raúl Alfonsín. Es esta larga experiencia exiliar la que Cisterna Gold postula como instancia desde la que el escritor (exiliado) piensa la deconstrucción de la nacionalidad, a partir de una mirada ubicada en el afuera, y se cuestiona la herencia cultural y política. En definitiva, el libro de Cisterna Gold plantea con acierto la relación polémica de un discurso oficial centrado —la violencia institucionalizada hecha tradición— frente a un discurso

marginal, desplazado, excéntrico –la voz del exilio– que desde la crítica misma a los modelos discursivos operantes en los años ochenta, y con el talante crítico que favorece la distancia, trata de reescribir el pasado y el presente para ofrecer nuevas claves interpretativas y llenar de paso un vacío discursivo, el que dejó casi una década de atroz dictadura.

Aníbal Salazar Anglada
(Universitat Ramon Llull, Barcelona)

Will H. Corral / Juan E. De Castro / Nicholas Birns (eds.): *The Contemporary Spanish-American Novel: Bolaño and After*. New York: Bloomsbury 2013. 454 páginas.

Este libro recopila una extensa variedad de artículos críticos sobre las generaciones más recientes de novelistas hispanoamericanos nacidos entre 1949 y 1977, cuya producción literaria se da a conocer entre 1996 y 2012. La antología, escrita en inglés, aporta una amplia y oportuna visión crítica tanto para expertos como para estudiantes fuera de América Latina. Para facilitar el uso pedagógico, la colección se organiza en seis divisiones regionales con breves presentaciones que dan contexto a la literatura actual de cada región. El volumen empieza con México, baja por las regiones de Centroamérica, cubre el Caribe hispanohablante, los Andes y el Cono Sur, para terminar –formando un círculo completo– con una sección dedicada a los novelistas latinos de los Estados Unidos. Los temas recurrentes en toda la antología son el género y la identidad, el desarrollo de historias alternativas, la integración en los espacios globales y urbanos, así como la búsqueda de nuevas estéticas, liberadas de los paradigmas de los maestros del *boom*.

La inclusión de crítica sobre autores poco conocidos y poco estudiados fuera de sus fronteras regionales busca enriquecer los discursos sobre la producción novelística contemporánea. La antología también ofrece un buen balance de literatura y crítica escrita por mujeres, un hecho bienvenido al momento de evaluar un canon que ha sido históricamente dominado por hombres. Una de las características más notables de la antología es su diversa selección de más de 45 contribuyentes, que representan una variedad de instituciones en Latinoamérica, la América anglófona y Europa, lo que permite una multiplicidad de voces y perspectivas que contribuyen a una visión transcontinental de la novela contemporánea en Hispanoamérica.

Tanto Centroamérica como el Caribe hispanófono son las regiones que, según la antología, más se dan a conocer y estudiar en el ámbito global. En Centroamérica, una región marcada por la violencia y con una gran tradición de escritores involucrados en la política, los novelistas actuales buscan maneras de crear literatura sin caer en representaciones estereotipadas ni “patológicas”. Albrecht Buschmann encuentra en la obra de Horacio Castellanos Moya una negación a describir el genocidio “in a mimetic or objectifying mode” (p. 124), mientras que Will H. Corral subraya el *castigat ridendo mores* que emplea Carlos Cortés para relacionarse con la historia empírica de una manera diferente (p. 129). Alejándose del exotismo mal adjudicado a Latinoamérica, en el libro hay ensayos excelentes sobre Dorelia Barahona, Jacinta Escudos y Rodrigo Rey Rosa. Lamentablemente, no se incluye ningún autor de Panamá ni de Nicaragua, quizás por cuestiones de espacio.

Las dificultades de agrupar por región son especialmente aparentes en el tercer apartado del libro, debido a la heterogeneidad de las literaturas de Cuba, República

Dominicana, Puerto Rico y Venezuela. Mientras se exploran las huellas de la Revolución Cubana y la dureza económica del llamado Período Especial en las obras de Zoé Valdés y Pedro Juan Gutiérrez, las obras de los dominicanos Rita Indiana Hernández y Pedro Antonio Valdez, se alejan de la tendencia nacional de novelar la dictadura, en pro de los espacios urbanos y la música popular. En la obra de la puertorriqueña Mayra Santos-Febres encontramos una liberación de la angustia identitaria que históricamente había condicionado la producción artística de la isla, lo cual, al decir de John Waldron, representa una literatura libre de los límites de la colonialidad (p. 189). Elda Stanco, en su análisis de los novelistas venezolanos Juan Carlos Chirinos y Juan Carlos Méndez Guédez –ambos trasladados a España–, explora la conciencia transatlántica en sus obras. Otros novelistas estudiados en este apartado son los cubanos Mayra Montero, Karla Suárez, Ena Lucía Portela, Antonio José Ponte y Leonardo Padura Fuentes, así como el puertorriqueño Luis López Nieves.

Al abordar la región andina, tan marcada por una fuerte tradición de excelencia novelística, diversos críticos observan un afán contemporáneo de romper con la influencia de figuras tan centrales como Mario Vargas Llosa. Mientras la obra de los ecuatorianos Diego Cornejo Menacho y Leonardo Valencia se destaca por su cuestionamiento del canon y alejamiento del realismo social, se destaca en el libro una exploración de fenómenos como la globalización, la urbanización y la tecnología en las obras de Edmundo Paz Soldán y Santiago Gamboa (conocidos por su inclusión en la colección *McOndo*). Observamos, asimismo, una proliferación de representaciones de la violencia en las novelas de los colombianos Jorge Franco Ramos, Laura Restrepo, Juan Gabriel Vásquez y Héctor Abad Faciolince, así como

en las de los peruanos Jorge Eduardo Benavides, Alonso Cueto Caballero, Iván Thays y Santiago Roncagliolo. Catalina Quesada, en su artículo sobre Abad Faciolince, explora este fenómeno y advierte que la violencia puede transformarse en otra forma de exotismo para el lectorado global, “a decoy built to gull the European and North American readers’ attention by its Latin American singularity, as once happened with the narrative of the Cuban Revolution and with certain variants of magical realism” (p. 218).

La mayor parte de los artículos del volumen se dedica a los novelistas de México y del Cono Sur, un reflejo de la compleja y variada riqueza de producción novelística e innovación literaria en estas dos regiones. De las muchas vertientes literarias que han surgido en México después del *boom*, diversos artículos proveen lecturas innovadoras sobre Daniel Sada, varios autores de la generación del Crack –Pedro Ángel Palou, Eloy Urroz, Ignacio Padilla y Jorge Volpi–, y novelistas más jóvenes como Guadalupe Nettel y Heriberto Yépez. En su artículo sobre Cristina Rivera Garza, por ejemplo, Oswaldo Estrada muestra que las generaciones más recientes ya no escriben sobre la eterna búsqueda de la identidad mexicana y optan, en cambio, por la experimentación con la forma y las transgresiones de género (p. 63). Sorprendentemente, varios de los autores incluidos en esta región –Ana García Bergua, Juan Villoro y Xavier Velasco, entre otros– todavía no han sido traducidos al inglés, situación que comparten con no pocos autores de la antología. Otros autores mexicanos incluidos son Enrique Serna, Mario Bellatin, Carmen Boullosa y Álvaro Enrigue.

Bien señalan los editores que la producción novelística del Cono Sur demuestra nuevos horizontes en la prosa latinoamericana. Aunque siguen ahí las exploraciones

de la memoria, el luto y el pasado político debido a una persistente resonancia del trauma nacional, la antología explora una pluralidad de posibilidades creativas. En el trayecto crítico, descubrimos la desmitificación de historias nacionales en las novelas de Rodrigo Fresán y Arturo Fontaine Talavera, la presencia de la gente marginada por la sociedad y la historia en las obras de Leopoldo Brizuela, Pedro Lemebel y Diamela Eltit, la exploración de la cultura popular en Alberto Fuguet y la ficción experimental de César Aira. Raúl Rodríguez Freire señala, por ejemplo, la originalidad de un autor como Alejandro Zambra, miembro de aquello que vamos conociendo como un nuevo canon (p. 395). Por supuesto que en este apartado, también está Roberto Bolaño, además de los argentinos Andrés Neuman, Guillermo Martínez, Marcelo Cohen, Pola Oloixarac, Alan Pauls y Patricio Pron, así como los chilenos Álvaro Bisama Mayné, Carlos Franz, Sergio Gómez y Beatriz García Huidobro.

De acuerdo con aquello que Corral denomina “the borderless location of culture” (p. 2), un *leitmotiv* de toda la antología, la última sección se centra en novelistas que escriben desde los Estados Unidos. Tomando en cuenta la creciente conexión entre las literaturas y los mercados latino-estadounidenses y latinoamericanos, los editores justifican de manera convincente la inclusión de varios autores estadounidenses, la mayoría de los cuales publican en inglés. En esta última sección, se abordan, por lo tanto, cuestiones de género y asimilación cultural en espacios anglófonos, aquellas que históricamente han separado a la literatura producida en EE. UU. de la que se produce en América Latina. Al pasar de un ensayo a otro revisamos, entonces, las identidades duales y vivencias biculturales tan presentes en las obras de “autores latinos” como Daniel

Alarcón, Junot Díaz, Jaime Manrique, Judith Ortiz Cofer y Ernesto Quiñonez. Al llegar a esta última parte del libro es obvio que aun cuando escriben en inglés, estos autores establecen diálogos productivos con el resto de Hispanoamérica, lo cual demuestra que verdaderamente estamos en una etapa de convergencias culturales, nuevos puntos de separación y contacto, o nuevas formas de escribir novelas “latinoamericanas” dentro y fuera de los países “latinoamericanos”.

The Contemporary Spanish-American Novel trata de todo esto y mucho más. Es un complejo compendio crítico a través del cual muchos angloparlantes conocerán mejor la literatura que hoy por hoy produce América Latina, cada vez más alejada de Macondo, del realismo mágico y las novelas totales del *boom* de antaño.

Christine Martínez
(University of North Carolina
at Chapel Hill)